



*...no lo haces tú por conservar la vida  
sino por dar más dilatada muerte.*

SOR JUANA

## Más dilatada muerte

Por Jaime GARCÍA TERRÉS

LA BLANCA me dejó plantado. Estuve una hora esperándola en donde siempre, y nada. Habré consumido una media docena de highballs; el mesero ya ni preguntaba; nomás servía uno nuevo cada vez que veía terminado el anterior. Y la Blanca que no venía. Al fin me levanté, tan deprimido que no tuve fuerzas para llegar al periódico. Me eché a caminar por las calles, hacia el Paseo de la Reforma; no sé ni por dónde anduve.

Cerca del cruce del Paseo con Insurgentes comenzó a caer la lluvia. Dejé que me mojara un rato; luego, empapado, me metí en el bar del Montejo. ¿Qué otra cosa podía yo hacer? Ya estaría de Dios, pensé; y pedí otro whiskey, esta vez sin agua, para reanimarme. No había mucha gente, por fortuna. Y sobre todo, nadie conocido.

Ya me estaba durmiendo cuando entraron Bernabé y Eligio con una gringa. Al principio no me vieron, y yo por supuesto me hice el disimulado. No tardaron en descubrirme, sin embargo, y entonces me hicieron señas de que me fuera a sentar con ellos. Ni modo de mandarlos al diablo, ya en ese plan.

—¿Qué te parece la güera? —me preguntó Bernabé. Yo le respondí que muy bien, aunque no era cierto; demasiado flaca y dientona, para mi gusto. Bernabé, que no es ningún tonto, se dio cuenta en seguida de mi malhumor.

—Lo que necesitas es más whiskey —me dijo—. Eligio y Betsy van a salir dentro de un momento. Pero tú y yo podemos quedarnos a platicar.

La verdad, yo no tenía ganas de hablar. No había logrado quitarme a la Blanca de la cabeza, y mientras más pasaba el tiempo, más bocabajeado me sentía. Eso sí, menos ganas todavía tenía yo de moverme y de echarme de nuevo a caminar bajo el aguacero. Eligio y su amiga salieron, en efecto, haciéndose arrumacos, y Bernabé y yo nos quedamos solos en la mesa, frente a una botella de escocés.

Bernabé se puso serio de pronto.

—Mira, hermano —dijo, mirando a otro lado—; ya está bien que te olvides de esa cuzca.

La cosa me tomó de sorpresa, para qué es más que la verdad.

—¿Cómo sabes...? —murmuré, tratando de mostrarme agresivo—. Y en cuanto a eso de cuzca...

—A mí no me va ni me viene. Te lo digo por tu propio interés. Blanca le anda diciendo a todo el mundo que estás loco por ella. Lo que es más, el chisme ha llegado ya a oídos de don Carlos. Y tú sabes la influencia que don Carlos tiene en el periódico... y lo celoso que es con sus queridas.

No sé si fue efecto del alcohol, o de la rabia que me invadía. Pero lo que hice entonces fue ridículo. Me puse a



Dibujos de Héctor XAVIER

chillar como un mocoso de quince años. Bernabé me tomó de un brazo y me llevó al baño.

Abrí los ojos en el departamento de Eligio. Echado en la cama y con todo el traje arrugado. Había mucho ruido en el cuarto de junto; estaban tocando un disco de mariachis, y además se oían varias voces que hablaban al mismo tiempo.

Me sentía sucio de sudor y la resequedad de la boca era insoponible. Recordé la escenita en el Montejo. ¡Qué desmadre! Yo creía estar más allá de esos tangos. Y sin embargo, me había lucido. ¡Con tantas horas de vuelo y andar haciendo todavía esos papeles! Lo que me da coraje es que uno no puede nada en un caso así. Cuando el suelo como que se nos pudre bajo los pies y todo se vuelve un enorme basurero. Uno se acostumbra a tragar mierda, y yo he tragado mucha en mi vida. El hecho es que nunca acaba uno de tragar lo suficiente.

En fin, decidí que la cosa no era para estarse cavilando los años. Lo pasado, pasado. Entreabrí la puerta; me asomé. Eligio y Betsy estaban besándose en el sofá, mientras Bernabé y otra gringa bailaban de cachetito. No me tiraron ni un lazo, hasta que les grité que quería agua. Betsy alzó la cara, y entre mareada y juguetona, me preguntó:

—¿Borracho?

—No —le contesté—. Nomás crudo.

Eligio me señaló la puerta que buscaba. Me bebí allá, al hilo, cuatro vasos de agua. Me enjuagué lo que pude. Luego, aún hecho polvo, pero ya bastante mejor, me senté en un sillón, en medio de la boruca. Bernabé y su gringa se me acercaron al rato.

—Mira, viejo —me dijo Bernabé—. Te presento a Mary Lou, que es prima de Betsy.

Ella me dio la mano. Sin ser bonita, era más mona que Betsy, de mejor cuerpo. Debía ser también mucho más joven. Bernabé puso un codo en mi hombro, y dijo algo así como que yo andaba con problemas de amor.

—Love —tradujo alegremente Mary Lou, para demostrar que había comprendido.

Más fatigado que molesto, intenté cambiar la conversación; alegué que pronto los iba a tener que dejar, porque debía escribir mi columna para el día siguiente. Además, así era.

—Mi amigo es un periodista muy importante —le explicó Bernabé a Mary Lou.

—How exciting! —comentó ella, aspirando el humo de una larga boquilla.

—Tuve que traerte a la pachanga —me dijo Bernabé con un guiño—. Ni modo de llevarte a tu casa como estabas. A

propósito, ¿por qué no dejas que haga yo tu columna? Te ves muy cansado.

—No entiendo.

Bernabé arqueó las cejas, burlón.

—¿Qué te parece este muchacho tan inteligente que no me entiende, Mary Lou? Bueno, pues te lo voy a explicar. El editorial sobre las importaciones de automóviles fue rechazado... ya te imaginas... demasiado peligroso. Pero don Carlos y yo hemos pensado que en una columna firmada pueden decirse las mismas cosas, sin mayor compromiso. Y hasta pueden agregarse otras, que no hubieran cabido en un editorial. Por ejemplo, podemos sacarles los trapitos al sol a ciertos tipos de la Secretaría. Yo les conozco algunas flaquezas; ya sabes que esa es mi especialidad. Total, después... frente al acto consumado, lo demás nos viene guango... Y tu columna, no diré que sea muy limpia, pero te has cuidado más que los otros; la gente respeta tu firma... Piénsalo. Te doy cinco minutos. Anda, güerita preciosa, sírvele una taza de café, a ver si se despierta.

Mary Lou, por lo visto, se había quedado en el limbo. Pero comprendió muy bien lo último, y fue a traerme la taza de café.

—Piénsalo —repitió Bernabé—. Para mí, eso significa unos pesos. Para ti, una noche en la mejor de las compañías, y todos contentos. Bueno, ahorita vengo; voy a poner otro disco en el fonógrafo, que está mudo.

—Hello, importante —me sonrió la Mary Lou.

Le agarré suavemente una mano, y en efecto, *pensé*. Pensé como nunca antes lo había hecho, en torbellinos, en una especie de tropel furioso de imágenes. Pensé en don Carlos, pulcro, calculador, y tan convencido de la santidad de la familia que tenía tres o cuatro. Y en aquel empleadillo de Hacienda, que años atrás me había negado una infeliz chambá y ahora temblaba cada vez que me veía. Y en Eligio, desarrapado y analfabeto cuando entró al periódico, hoy invitado de honor de ministros y gobernadores y dueño de la agencia de publicidad más productiva de México. Y en Bernabé, seguro de sí mismo, consciente de su gran porvenir, diciéndome como si nada lo que me acababa de decir. Y en la Blanca, que no mentía al divulgar dondequiera que yo andaba loco por ella. Todos éramos unos andrajos, unos pobres diablos en el fondo. Pero la vida es la vida, pensé, y hay que vivirla.

Miré los labios entornados de la Mary Lou, y me empecé a besarla, con suavidad, para no atemorizarla.

Bernabé, desde lejos, se echó una carcajada que sólo yo escuché, y salió sin despedirse de nadie.